

pensador; ahora permanece en el recuerdo inefable de quienes lo trataron, y al pie del Supremo Hacedor, en espera del premio por sus muchas virtudes: de ciudadano, de amante jefe de familia, de amigo ejemplar, de maestro humano y docto, de sabio reposado y profundo.

La Academia Chilena de la Historia ha querido rendir a su memoria este homenaje por intermedio de otro miembro correspondiente por Concepción, y este cometido lo cumplo con fervor respetuoso en tal carácter, y, al mismo tiempo, en el sencillo y fraternal de amigo y coterráneo, de discípulo de sus enseñanzas y de admirador de su valioso intelecto.

---

NOTA: Discurso pronunciado por el académico correspondiente D. Zenón Urrutia Infante, a nombre de la Academia Chilena de la Historia, en los funerales de D. Luis David Ocampo, correspondiente que fuera por Concepción, efectuados en el Cementerio Católico de Santiago, el 19 de agosto de 1973.

<https://doi.org/10.29393/At429-430-41MRMV10041>

## del ministerio de relaciones exteriores

Como hombre sabio que fue, don Luis David habría preferido quizás un homenaje de recogido silencio ante su tumba. Como hombre justo y comprensivo; sin embargo, habría apreciado el sentido que pretenden tener estas palabras de un colaborador y amigo que expresa los sentimientos de todos cuantos lo conocieron y quisieron como Asesor Jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Don Luis David llegó a la diplomacia en su edad madura, cuando ya había dejado una huella indeleble en la sociedad chilena como pensador, crítico de arte, abogado, universitario y estadista. Después de permanecer en Europa ocho años críticos como Embajador, llegó al Ministerio en 1948, entregando al Estado, también en esta última etapa de su vida pública, dieciséis años fecundos y plenos, a través de múltiples vicisitudes políticas y sociales.

Fue respetado por gobernantes, autoridades del Ministerio y funcionarios, no sólo por su labor en materia de derecho internacional —disciplina que cultivó particularmente— sino por su porte y estilo moral e intelectual que, como hombre genuinamente culto, se diseñaba de manera indeleble en todos los actos y gestos de su vida.

Debería intentarse, ante la pérdida irreparable que hoy sentimos, definir la manera cómo este hombre eminente encarnó valores permanentes de nuestra personalidad nacional, recogiendo al mismo tiempo los elementos que mejor se ajustaban a su temperamento y carácter, de la cultura universal.

Sería arrogante e inmoderado (2 vicios morales detestables para el amigo que despedimos) que yo pretendiera, y aquí y ahora, esa definición de una vida ejemplar. La verdad es que esta última expresión, de reminiscencias clásicas, se ajusta a uno de los elementos de la filosofía de don Luis David. Conocía y apreciaba la cultura clásica greco-romana, suavizada en él por sus lectu-

ras profundas de los humanistas eligiendo él siempre de entre ellos, los más tolerantes y llenos de commiseración, como Cervantes, Voltaire y Anatole France. Esta formación humanista unida a una actitud vital básicamente cristiana y a una experiencia, lindante con la tragedia, hizo de don Luis David una personalidad inolvidable.

Por ello fue modesto y simple, y no supo ni quiso usar armas vedadas, ni siquiera sospechosas, para obtener nombradía, figuración o dinero. En su retiro de la casa de la calle La Concepción, donde pasó sin duda duros momentos, reflexionaba, sin amargura y sin rencor, acerca de su destino. Su frase: "Nací rico y muero pobre, compañero", dicha sin jactancia, muestra cómo conservó hasta el final su espíritu hidalgo que le indicaba una línea moral, estructurada en su ser.

Por esta modestia y esta sencillez, quienes lo conocimos a través de años de labor en la Cancillería, tememos que sus obras y la significación de su conducta como profesional y funcionario, puedan ser olvidadas u oscurecidas. El no compartiría este temor ni le vería el sentido dentro de su perspectiva religiosa y filosófica. Ante su tumba puede parecer superfluo testimoniar su papel relevante en luchas, episodios y circunstancias de nuestra vida internacional, a través de sus actuaciones diplomáticas, de sus consejos. A veces esos consejos y exhortaciones impidieron grandes males o señalaron el camino a rectificaciones necesarias. Algo de toda esta labor queda en los miles de informes jurídicos que redactó, y que constituyen hoy en la Cancillería un depósito de experiencia y de sabiduría, indispensable para conocer y evaluar la conducta internacional pasada y presente.

A otros múltiples aspectos de la trayectoria vital tan rica de una personalidad que ejerció su influencia benéfica en más de 50 años de nuestra vida nacional, no me corresponde referirme.

Mis palabras, en representación de la Asociación de Empleados de la Cancillería, cuya presidencia desempeño por elección unánime de todos nosotros, son sólo un testimonio de homenaje de la institución, de sus innumerables amigos y compañeros en este campo de actividad, y de quienes tuvimos el privilegio de colaborar con él.

Sé que don Luis David me perdonaría, indulgente, terminar estas palabras con la frase del Eclesiastés, que él conocía muy bien:

"El buen nombre es mejor que ungüento precioso;  
y el día de la muerte del justo que el día de su nacimiento".

**Mario Valenzuela Lafourcade**  
Asesor Jurídico  
Ministerio de Relaciones Exteriores

---

NOTA: PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL ASESOR JURÍDICO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES SEÑOR MARIO VALENZUELA EN LOS FUNERALES DEL SEÑOR LUIS DAVID CRUZ OCAMPO, EL SABADO 18 DE AGOSTO DE 1973.